

píritu de un pueblo y mostrar, en sus alternativas y vicisitudes, el desarrollo de la sensibilidad.

La visita de Angel Ossorio y Gallardo

El viaje del conocido escritor y maestro en ciencias jurídicas, Angel Ossorio y Gallardo, ha dado origen a una serie de manifestaciones muy cordiales de los elementos intelectuales chilenos. Ossorio y Gallardo, conocido en nuestro país a través de sus obras y de las correspondencias semanales que envía al diario «La Nación» de Santiago, goza de un sólido prestigio entre nosotros. Las conferencias dadas por él en la Universidad y en el Teatro Municipal congregaron a un público numeroso y selecto. Ossorio y Gallardo posee la simpatía irresistible del que domina con su sencillez y sobriedad a los públicos más descontentadizos. No podemos decir de él que es un orador al uso, grandilocuente y ampuloso. En Ossorio y Gallardo todo es medida, equilibrio y comprensión humana. Por este motivo sus charlas parecen, en ocasiones, conversaciones familiares dichas en el tono más íntimo posible, y el auditorio siente así la impresión de encontrarse frente a un viejo amigo que relata sus experiencias y comunica sus conocimientos hondos sobre materias políticas y jurídicas. Ossorio y Gallardo ha pronunciado una serie de conferencias en Concepción, en la Facultad de Leyes y en el Aula Magna de la Universidad y también en Valparaíso, en ambas ciudades con el mismo éxito que en la capital.

<https://doi.org/10.29393/A1184-19DERA10019>

Dos escritores argentinos fallecidos

Parece que el escritor argentino Méndez Calzada, muerto hace poco en Europa, sufrió la honda conmoción del desastre de Francia; al menos así lo deja entender su entrañable amigo el escritor Enrique Loncan, que también acaba de morir en Buenos Aires, envuelto en un doloroso drama. Enrique Méndez

Calzada vivió largos años en París, fué corresponsal de «La Nación» de Buenos Aires y mantuvo su corazón muy cerca del corazón de Francia. «Hace apenas unas semanas—escribía Loncan en el excelente periódico «Argentina Libre», de fecha 12 de septiembre—en una semblanza sobre su amigo trágicamente muerto—lo acompañé desde Biarritz hasta la frontera española, y aunque por cierto me ocultaba la terrible desazón que le producía la derrota de Francia—una lápida de veinte siglos había caído sobre nuestras almas—lejos estuve de imaginar, al darle mi abrazo de despedida, que un drama se cernía sobre su existencia».

Méndez Calzada, que había escrito bellas páginas humorísticas y excelentes versos, se abrió el corazón o el cráneo de un pistoletazo. «La aplastante derrota de Francia—añade Loncan en su artículo aludido—debió ser una catástrofe irremediable para su noble alma que creía en el imperio sacrosanto de la belleza, de la justicia y de la libertad».

Loncan a su vez, autor de algunos libros de fina ironía—*La aldea millonaria* entre otros, en el que hace un risueño y penetrante análisis de los vicios, snobismos y debilidades de la gran ciudad sudamericana—no sobrevivió mucho a la suerte trágica de su amigo. Algunas semanas después de rendir el homenaje de que damos cuenta, en «Argentina Libre», tomó el mismo camino que ya habían seguido Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones y Alfonsina Storni. El mismo se hacía la pregunta sobre Menéndez Calzada en el artículo aludido, en esta forma: «¿Por qué decidió seguir la huella de Horacia Quiroga, Leopoldo Lugones y Alfonsina Storni? He ahí un problema que sólo Dios puede resolver». Y agregaba: «La verdad es que nuestro malogrado Enrique Méndez Calzada, que pudo figurar entre los «Hombres en Soledad» del agudo Manuel Gálvez con su talento vigoroso, su moral intacta, su amor al trabajo y su vida disciplinada, no estaba preparado para la lucha por la vida

con la entereza envidiable de los que rinden el menor tributo posible a los ensueños».

Lo cierto es que una ráfaga incomprensible está soplando en Argentina sobre los hombres de letras, y en el espacio de pocos años son cinco ya los que por su propia mano y voluntad han tomado el camino de la muerte.